

1

De pequeño, mi familia y yo vivimos en un montón de casas.
El otro día las conté y sumaban un total de catorce.



Primero viví en Alhambra, donde nació en 1925; un pueblo que con
el tiempo se convirtió en una especie de arrabal de Los Ángeles.
Era muy pequeño y no acierto a recordar gran cosa.



Me acuerdo de una bola de helado que se me cayó de un cucurucho porque me empeñaba en no llevarlo recto.
Me lo había comprado mi padre y se me cayó en la acera, en un trozo de cemento fresco.
Al lado había unos albañiles trabajando.



Conservo recuerdos difusos de mi padre durante mis primeros años de vida.
Siempre estaba muy ocupado.
Si les soy sincero, sé realmente poco sobre su infancia.
De mi padre de niño, de adolescente y de joven apenas sé nada.



Creo que tenía cuatro años cuando su familia se mudó de la costa este a la oeste. Pasó su juventud en San José, al sur de San Francisco.



Por cierto que fue allí donde conoció a la chica que habría de ser su mujer: Esther Elisabeth Hanson, apodada Bunny. Significa «conejito».



Un día, en el césped de delante de casa de mis abuelos maternos, mi padre estaba jugando a echar un combate de lucha con uno de los hermanos de mi madre; aunque tenía uno o dos años más que Bunny, todo el mundo creía que era su hermano pequeño porque era un niño muy debilucho.



Bunny apareció y, convencida de que mi padre estaba pegándole en serio a su hermano, se abalanzó sobre él.



Fue un combate físico en toda regla. Ganó ella; o tal vez él la dejase ganar. Es lo más probable, porque mi padre era fortachón. Así fue como se conocieron.



No sé cuánto tiempo pasó entre ese encuentro y la boda. Tampoco conozco los detalles del casamiento.



Mi padre empezó a ir a la escuela de Artes y Oficios, estudios que tuvo que interrumpir para hacer el servicio militar en la Marina, durante la Primera Guerra Mundial.

La guerra terminó antes de que tuviese que entrar en combate.

Le faltaban dos años para sacarse el arts degree y licenciarse, pero tuvo que esperar a que le dejasen dinero.

Entre medias nació yo.



Cuando tenía poco más de tres años, nos mudamos a Santa Bárbara, donde mi padre terminó sus estudios en la Universidad Estatal de California, que era como se llamaba por la época.

Allí vivimos en dos casas.

La primera era una casa muy pequeña, detrás de otra.

Una niña con la que solía jugar me dio de comer unos granos de algo que en realidad era veneno.



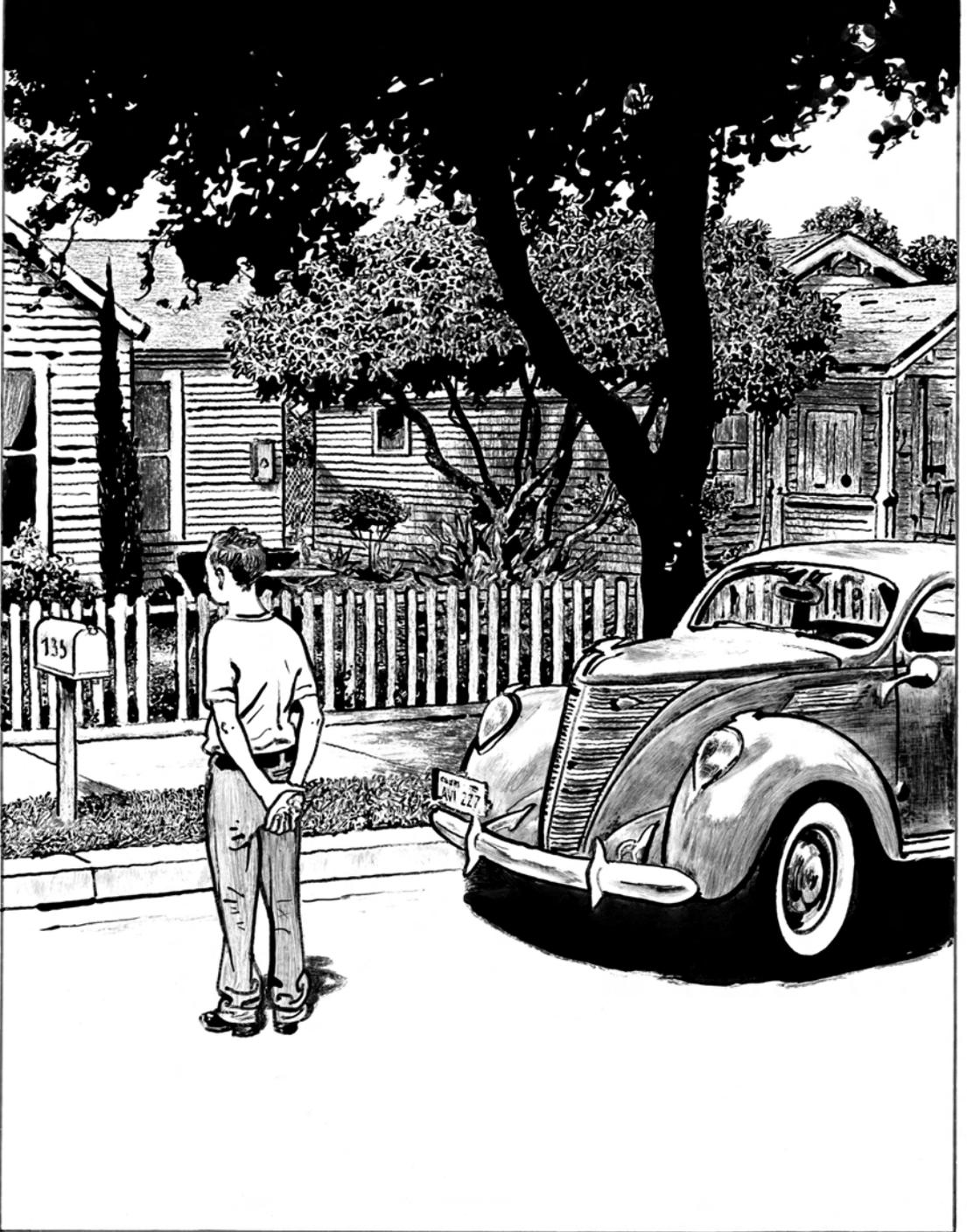
Me provocaron vómitos.

Fueron a buscar al médico, quien, tras mucho preguntarme, comprendió qué era lo que había ingerido.

Me estoy viendo enfermo en una camita pequeña y el sube y baja de las costillas. No me mató, pero me pasé varios años con el intestino muy delicado.

A los diecisiete años volví a Santa Bárbara para estudiar en la facultad.

Encontré la calle donde estaba esa casa sin vacilar un instante;
fui directo.



Después, cuando tenía cuatro años, nos mudamos a otra casa de esa misma calle. Estaba construida sobre una cuesta muy pronunciada y se entraba por la primera planta.



No había separación entre los jardines de las casas. Nuestros vecinos tenían plantados iris, un montón de iris. A los caracoles les encantan los iris.



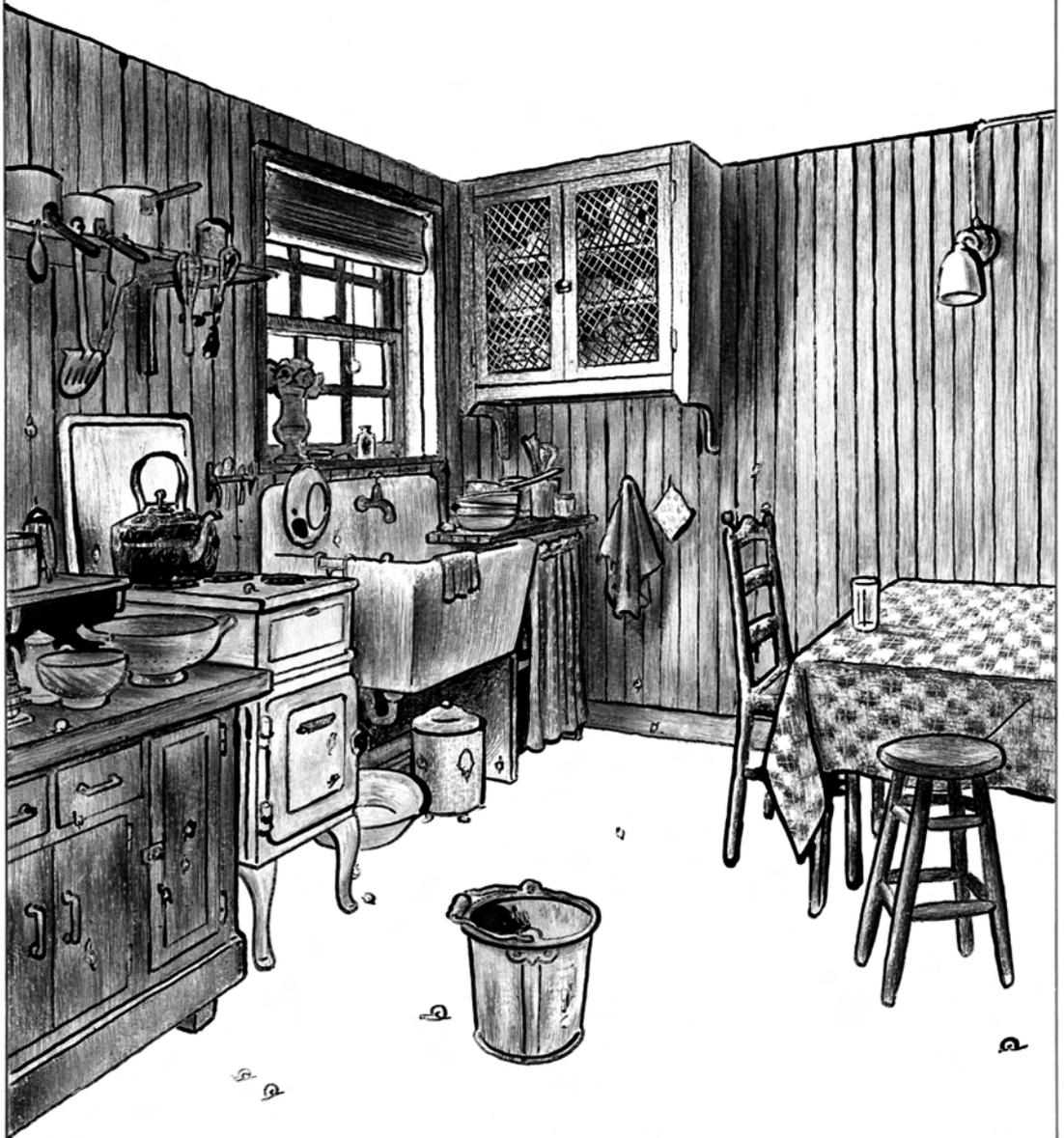
Un día se me ocurrió coger un cubo e ir a recolectar caracoles, aunque no para comérmelos, desde luego. En esa época los estadounidenses no comíamos caracoles. Era solo que me gustaban esos bichillos.



Llené el cubo de caracoles, una cantidad considerable, y lo dejé en medio de la cocina. Creo que fue a primera hora de la mañana. Después me fui a hacer no sé qué.



A eso de mediodía, mi madre entró en la cocina para preparar la comida y la oí gritar horrorizada.
Ni que decir tiene que los caracoles no se habían quedado en el cubo.



Mi madre me riñó, aunque tampoco mucho.
La ayudé a despegar los caracoles, que habían trepado
por doquier, por muebles y paredes.
Lo estoy viendo como si fuera ayer. No volví a hacerlo.

Me cuesta describir físicamente a mi madre.



Creo que no se podría decir que fuese guapa. Era simpática, eso sí. Tenía la cara algo cansada, incluso ya de joven.



No se maquillaba, o muy poco. No era que estuviese en contra, pero no teníamos dinero y me imagino que no veía la necesidad de comprarse maquillaje. Por lo demás, en esa época eran muchas las mujeres que no se maquillaban. La moda empezaba justo entonces.



Tenía los pechos un tanto caídos.



Contaba que, cuando iba al instituto y tenían que echar carreras en clase de gimnasia, el resto de sus compañeras con pechos caídos se los pegaban con un esparadrapo para que no les hiciesen CLAC, CLAC.



Ella se decía para sus adentros: «Pues yo no me los pego, seguro que me tira y que me hace daño. Correré más rápido si los dejo hacer CLAC, CLAC». Y ganaba las carreras.



No era muy buena cocinera porque ninguna de las dos familias era muy aficionada a los fogones; además, con la Gran Depresión, hacia 1929, no se comían cosas caras.



Le gustaba vestirse recatadamente.
Era muy dulce y todo el mundo
la quería mucho.



Iba peinada a la moda, cosa que, en
aquellos tiempos, no costaba mucho.
Tenía unas tenacillas de rizar que
calentaba con el fuego de la hornilla.
Cogía un trozo de papel higiénico y
lo colocaba entre ambas tenazas: si
no se ponía rojo era señal de que el
hierro no le quemaría el pelo.



Solía coserse su propia ropa. El
estilo de la época no era muy bonito
que digamos. Abundaban los vestidos
muy..., ¿cómo decirlo?, muy sueltos.
Y blusas que no marcaban la figura.



Era más bien menuda.



Tenía alergias.

Los médicos no paraban de hacerle pruebas pero nunca daban con la causa de dichas alergias. Al final decidieron que era al pelo de caballo.



Pero ¿qué caballos?

Por la zona no había equinos. Un día se nos ocurrió abrir el colchón y descubrimos que en el interior, mezclada con la lana, había crin.



Le gustaba mucho la música. Pero no cantaba.

Recuerdo haberla oído muy pocas veces. Le gustaban las canciones de Stephen Foster. El tal Foster era un blanco aficionado a la música negra que escribió un montón de canciones conocidas.



Sus dos canciones favoritas eran: «Flow Gently, Sweet Afton» y «Jeanie With the Light Brown Hair».



